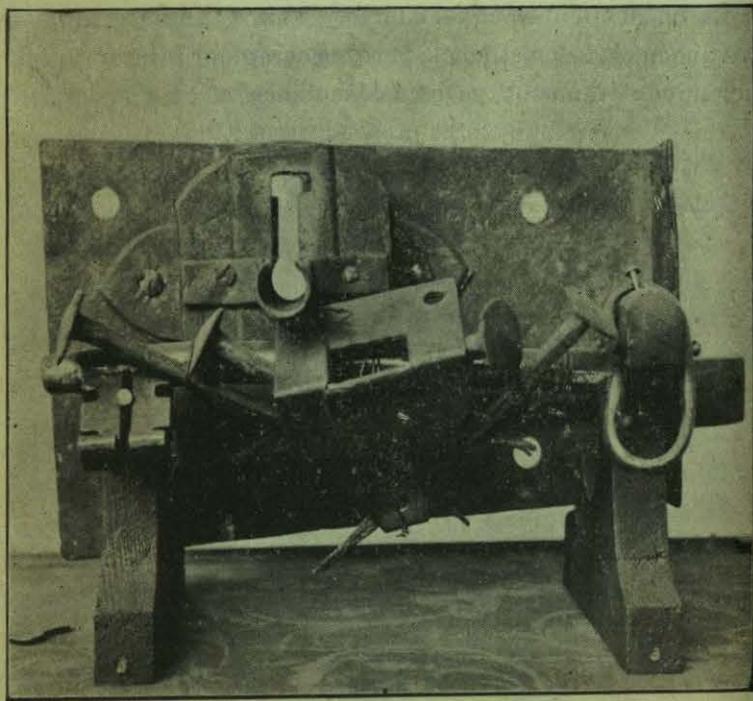


to," pero el escribano no le hizo caso y mandó que se abrieran otras piezas y en ellas se encontraron mayor cantidad de cartuchos y municiones, y en vista de todo esto, no le quedó al corregidor otro recurso que aprehender á Epigmenio González, á su hermano y á todos los que estaban en la casa.

La esposa del corregidor, temiendo que se aprehendieran los cabecillas de la insurrección y ésta muriera en su cuna, pensó desde luego, en darle aviso á Allende de lo que pasaba, pero como el zaguán lo había dejado cerrado su marido y se había llevado las llaves, tuvo que comunicarse con el alcaide de la cárcel, don Ignacio Pérez, que era uno de los más fieles y activos agentes con quienes contaba y tenía convenido con él que cuando ella lo necesitara lo llamaría dando tres golpes con el pié en el piso de su recámara el que caía precisamente sobre la alcaidía donde residía habitualmente Pérez, y en los apuros en que se encontraba aquella noche memorable, hizo la seña convenida para llamar al alcaide y bajó á esperarlo al zaguán en donde, por el ojo de la llave, lo puso al tanto de lo



CHAPA DEL ZAGUAN DE LA CASA DEL CORREGIDOR
EN LA QUE SE VE EL OJO DE LA LLAVE POR DONDE DOÑA JOSEFA
SE COMUNICÓ CON EL ALCAIDE.

que pasaba y le dijo que importaba que buscara inmediatamente un correo de toda confianza que fuera á darle el aviso á Allende á San Miguel; el alcaide en vista de la urgencia y gravedad del caso, consideró que nadie sería de mayor confianza para desempeñar tan delicada comisión, que él mismo, y se puso en camino para San Miguel.

El día 14, comenzó el corregidor á tomar sus declaraciones á los presos procediendo con lentitud, como si temiera avanzar en aquel proceso que, en cumplimiento de su deber, se veía precisado á formar, por que como cómplice de los procesados y temeroso de que éstos lo delataran, ya que no era posible evitarlo, al menos, pretendía dilatarlo para ganar tiempo en espera de algún acontecimiento favorable que viniera á salvarlo de aquella angustiosa situación en que, por su falta de previsión, se había metido él mismo; pues es evidente que desde la hora en que él recibió el denuncia del cura Gil, á las once de la noche que fué la hora en que fue á comunicárselo al escribano Domínguez, tuvo tiempo para haberle dado aviso á Epigmenio González y éste lo habría tenido sobrado para ocultar los objetos que constituían el cuerpo del delito ó, cuando menos, para haberse fugado él y los que lo acompañaban; pero tal vez el corregidor, ofuscado por tan inesperada noticia, no pensó en otra cosa más que en el riesgo que corría él mismo y en buscar la mejor manera de salvarse.

Por su parte, doña Josefa, esposa del corregidor, á los primeros albores de la mañana del día 14, mandó á su hijastra, acompañada del Padre Pérez, que fueran á avisar á Arias cuya traición ignoraba, todo lo que pasaba y á excitarlo para que diera principio á la insurrección; pero este contestó, de una manera desabrida, que se veía en aquel compromiso, por haberse fiado de quienes no debiera y que ya tenía tomado su partido.

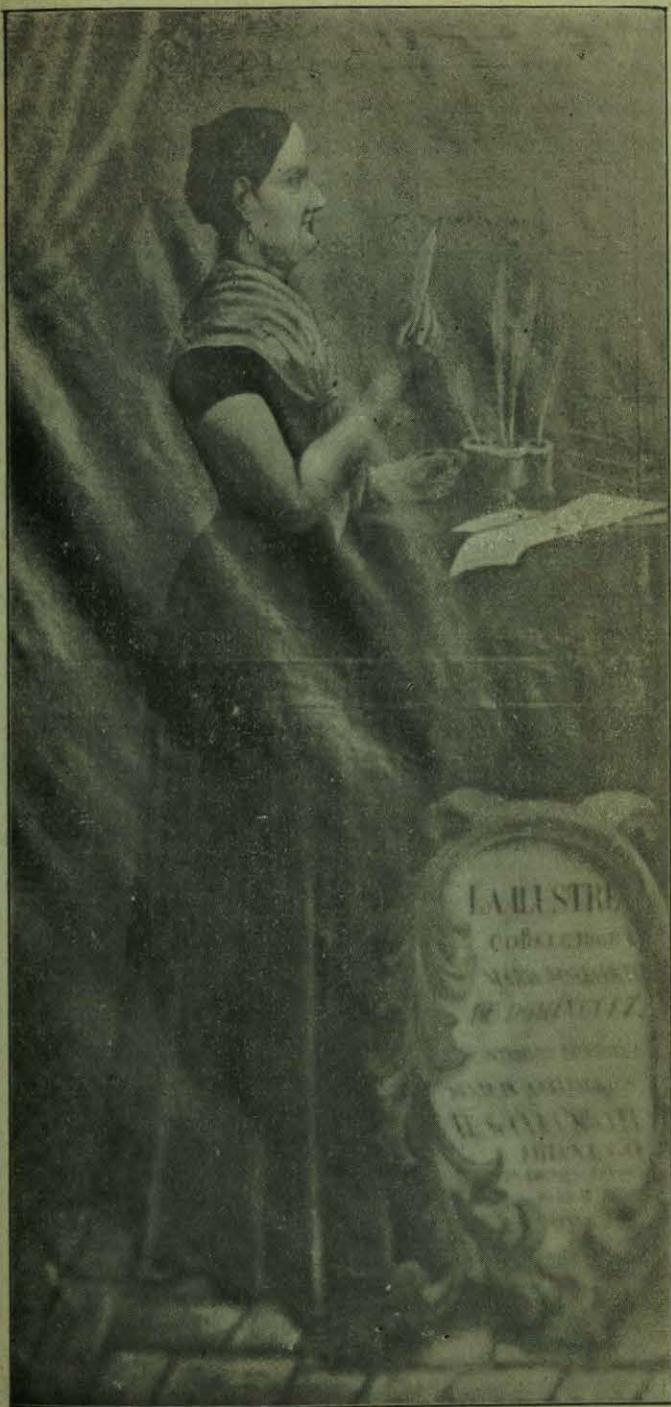
Arias se fué en seguida á comunicarle al alcalde Ochoa el recado que había recibido de la corregidora y le dijo que todo lo que había hecho el corregidor no era otra cosa que valor entendido para cubrir las apariencias y ocultar las maquinaciones que se estaban dirigiendo, y convino con el alcalde que lo mandara aprehender á él para salir de la difícil situación en que se hallaba, y el día quince, á las nueve de la noche, el alcalde Ochoa, por conducto del comandante Alonso, mandó

llamar á Arias á la casa del español don Juan Lozada á donde se encontraba de visita; y luego que se presentó, el mismo Ochoa, el escribano Domínguez, y Alonso, lo condujeron en un coche á la hospedería alta del convento de la cruz, y ya en el coche, le sacó el escribano unos papeles que intencionalmente se había puesto en la bolsa de la casaca; entre los que se encontraban algunas cartas que le había escrito Hidalgo y una esquila que este le escribió á Allende, en que le decía que ya no había remedio; que el plan se debía verificar á más tardar el día primero de octubre; en las cartas de Allende procuraba disuadirlo á que siguiera con ánimo en la empresa y disipara sus temores, pues que con su fuerza y los amigos que contaban podía asegurar el éxito, ocupando las avenidas, la plaza mayor y la de San Francisco. Preguntado Arias, en la declaración que se le tomó, que quién le había entregado aquellas cartas y quiénes eran los amigos á que se referían, contestó, que las cartas se las había entregado don Antonio Téllez, y después de fingidas vacilaciones, dijo: que los amigos eran el corregidor, su mujer, el Lic. Parra y siguió delatando á todos los que concurrían á las juntas: en vista de esta declaración, el alcalde Ochoa dictó auto de prisión contra todos los denunciados, y para su ejecución, pidió auxilio al jefe de la brigada, el que se lo facilitó luego, y por su parte libró orden al mayor del regimiento de la Reina, don Francisco Camúñez, para que aprehendiera á Allende y Aldama, cuya orden mandó luego con el teniente de dragones de Querétaro don José Cabrera.

Por la esquila de Hidalgo dirigida á Allende, hemos visto que le dice que ya no había remedio que el movimiento debía verificarse, á mas tardar el 1º de octubre: pero la fecha que al principio había fijado Hidalgo, para dar el grito, había sido el 29 de septiembre día de san Miguel, lo que confirma él mismo, al contestar á la pregunta 15 que se le hizo en su causa y está probado también con unas cédulas impresas que se repartieron entre los afiliados y de las cuales conserva una, original, el Sr. General don Jesús Lalaen á quien se la obsequió don Pedro González, y dice textualmente:

"AMERICANOS: ESTAD ALERTA Y NO OS DEJÉIS ENGAÑAR.
HOY SE COGEN Á TODOS LOS GACHUPNIES.

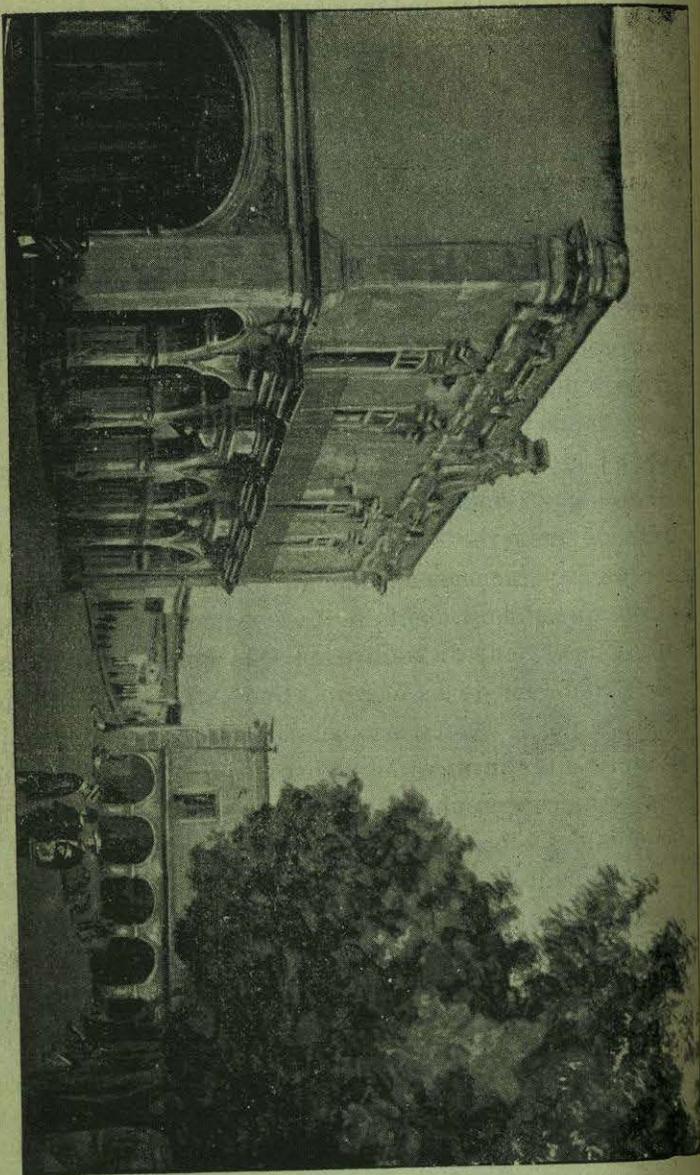
Septiembre 29 de 1810.



DOÑA JOSEFA CRTIZ DE DOMÍNGUEZ, ESPOSA DEL CORREGIDOR

La casa del portal, de aspecto antiguo, que se ve al frente, era la de Abasolo, y la que está á la izquierda, también con portal, pero de aspecto más moderno, era la del subdelegado Rincón.

DOLORS.—CASAS DE ABASOLO Y RINCÓN



cón, á donde tenía costumbre de ir á jugar su partido de malilla, se dirigió Hidalgo aquella noche á su casa. En aquellos días se hallaba alojado en la casa del subdelegado don Ignacio Díaz Cortina, español, que había ido á encargarse de los diezmos, llevando consigo á su esposa doña Encarnación Correa, con la que estaba recién casado, é Hidalgo, que era íntimo amigo suyo, había tenido grande empeño en que fuera á Dolores con aquel empleo, y cuando supo que llegaba lo fue á esperar á la hacienda de la Erre, á donde le dió un espléndido banquete y lo condujo á Dolores en su coche.

En la casa de Rincón, se reunían todas las noches los principales vecinos de Dolores, criollos y españoles, á jugar mus y malilla, este juego, era el que Hidalgo jugaba y tenía su partido con la señora de Cortina y doña Teresa Cumplido, esposa de Rincón.

Hidalgo, que durante las horas que aquella noche había pasado en la casa del subdelegado, no había podido advertir absolutamente nada, que le indujera á creer que había sido descubierta la conspiración, y que el subdelegado tuviera ya alguna orden para su aprehensión, para mejor convencerse de ello, al retirarse á las once de la noche, como lo tenía de costumbre, pidió prestados á Cortina, docientos pesos, y éste le dijo á su esposa que se los entregara; la señora llevó á Hidalgo á la pieza, donde tenían el dinero del diezmo y le dijo que tomara lo que quisiera, pero él se limitó á tomar solamente los doscientos pesos que había solicitado.

Al regresar Hidalgo al Curato, puso al tanto á Allende del resultado satisfactorio de sus pesquisas y ambos se acostaron á dormir el último sueño de oscuros mortales; pues en aquella misma noche de eterna remembranza, mientras ellos dormían, la mano misteriosa del destino escribía sus nombres en el rol de los héroes inmortales.

Mientras Hidalgo se divertía jugando su malilla, en la casa del Subdelegado de Dolores, el capitán don Juan Aldama pasaba también su tiempo alegremente en San Miguel el Grande, en un baile casero que se efectuaba en la casa de don José Allende, hermano de don Ignacio,¹ y allí fue donde lo encontró, como á las diez de la noche, el alcaide don Ignacio Pé-

1. Declaración de Aldama.

rez, que habiendo sabido en San Miguel, que Allende estaba en Dolores, se fué en busca de Aldama para darle las importantes noticias que llevaba de la corregidora, y enterado de ellas, Aldama, abandonó el baile y acompañado de su asistente marchó inmediatamente en busca de Allende á Dolores, á donde llegó á las dos de la mañana.

CAPITULO SEGUNDO.

El Generalísimo D. Miguel Hidalgo y Costilla.

Como dejamos dicho en el artículo anterior, don Juan Aldama, que estaba en un baile casero, en San Miguel, en la casa de don José Allende, recibió la noticia que mandaba de Querétaro, la corregidora, á las diez de la noche, hora en que se retiró del baile y se fue á su casa ó al cuartel, á mandar á su asistente, que ensillara los caballos y en todas estas operaciones transcurrieron, cuando menos, muy cerca de una hora, así que Aldama salió de San Miguel como á las once de la noche, del día quince, y recorrió en poco más de tres horas las ocho leguas que dista Dolores á San Miguel, llegando á aquel pueblo, á las dos de la mañana, y dirigiéndose á la casa de Hidalgo, á donde sabía se encontraba Allende¹.

El general don Pedro García, en su relación ya citada, refiere la llegada de Aldama á Dolores, diciendo; que, al reconocerlo Hidalgo, le dijo: “¿Juan, de donde vienes tan noche?—Vengo buscando á Ignacio, ¿no ha llegado por aquí?—Aquí estoy;—respondió Allende—¿Me traes algo de nuevo?—Y como que traigo. El Sr. Hidalgo le decía: Apéate y descansa, te trae-

1. Dice Aldama, en su declaración, que al recibir en San Miguel las noticias que le comunicó el mozo que venía de Querétaro, pensó en irse á ocultar á la Hacienda de su hermano (la hacienda de Trancas de la que D. Ignacio era apoderado) y que en el camino alcanzó al mozo y se reunió con él, y como este le preguntara dónde vivía el Sr. Cura él se ofreció á enseñarle la casa, pues tenía que pasar por frente de ella en su camino, y que, al llegar, el cura se levantó á abrir, y habiéndolo conocido lo invitó á entrar, y que tomara chocolate, y que esto fue como á las cuatro de la mañana; pero esta fue una de tantas salidas con que pretendía disculparse; lo cierto, que está comprobado, es lo que relatamos. Hidalgo y Allende, dicen: que llegó Aldama á Dolores á las dos de la mañana.